

*Pregón*  
*de*  
*Semana Santa*

AÑO 1992

TEODORO  
GONZÁLEZ LORENZO

Hermanos: Paz y bien.

Sirva el saludo del seráfico santo de Asís, para descubrir las puertas de la Semana Santa en estas tierras del Bajo Guadalquivir, donde el cielo está casi a alcance de la mano y donde -a Dios gracias- la Semana del Dolor y del Amor tiene todavía aire y donaire de celebración antoniana; y cargada está, para quienes lo queremos, de las sutiles enseñanzas que el fervor y la fe saben poner en esos aconteceres que los próximos días nos traerán, para llenar las almas de paz y sosiego.

Paz y sosiego que tan mal casan con la vida que nos ha tocado vivir, en estos años postreros de una centuria que ha conocido mucho de dolor y desesperanza, de angustia, penuria y desamor; que mucho ha conocido de malaventuras y olvidos, de odio y rencores, de juventudes sin compromiso y faltas de responsabilidad, de salud recobrada pagada con olvidos, de ventas y entreguismos por las treinta monedas vanas hechas sangre, de nuestro apogeo al placer, el lujo, la complacencia animal y burda; o las cegueras ante la luz, la duda ante la verdad o el suicidio de la vergüenza y la cofradía ante la vida.

Porque Dios lo ha querido un año más y al volver las celebraciones de la Semana Santa, nos reunimos en torno a devotas tradiciones y damos vida nueva a algo tan lleno de divino sentido y tan humanamente desconcertante y enigmático, como la muerte de un Dios que pudo alcanzar nuestra salvación de mil distintos modos y eligió, sin embargo, la forma más dolorosamente humillante, más desgarradora y afrentosa, más lacerante; pero sobre todo, totalmente increíble para quienes sólo ven con los ojos de la carne.

Y es que hermanos, yo pienso, que Dios nos creó

para poder salvarnos, para poder ganar con su agonía, su cruz, su pasión y su muerte, el derecho a que nos llame-  
mos sus hijos y a que podamos llamarle Padre. El Cristo  
doliente, levantado en su cruz entre el cielo y la tierra en  
la cima del Gólgota, una para siempre cielos y la tierra  
en la cima del Gólgota, una para siempre cielos y tierras;  
y nos enseña que es el amor -y sólo el amor- lo que puede  
mover el mundo. Que sólo el amor cura males, endulza  
amarguras, hace fácil lo imposible.

Amor y dolor, nueve letras, dos palabras que son el  
mejor de los tratados de Ascética y Mística que hayan  
podido escribirse para los hermanos que estamos siem-  
pre empeñados en sepultar con palabras la verdad. El  
Amor y dolor, norte y sur de nuestro vivir, de nuestro  
andar por este mundo. Amor y dolor para llenar las  
almas que a Dios buscan y en Dios deben encontrarse.

Amor, dolor, los quicios precisos para abrir de par  
en par las puertas de nuestra inteligencia y dar su verda-  
dera y única dimensión a esa realidad de pasmo y mara-  
villa que es, o debe ser, la Semana Santa para quienes  
creemos en que algo tan terriblemente doloroso y amar-  
go, como es la muerte de todo un Dios es, precisamente,  
la fuente de nuestra alegría y nuestro gozo, porque por la  
MUERTE, con mayúsculas, de Jesús, podemos procla-  
mar la gravísima buena nueva de nuestra Resurrección  
en su Resurrección.

Sí, hermanos, esa y no otra es la piedra angular de los  
sentimientos en nuestra Semana Santa.

Del aparente contrasentido entre el dolor y la alegría  
nace, a mi modo de ver, el espíritu vivificador que da  
forma y ser a este mundo extraño y apasionante que se  
nos muestra, claro y nítido, en días tan llenos de conte-  
nido, de la semana de la pasión.

Cristo -nuestro hermano Cristo- ese divino loco que viene a nosotros para decirnos entre cruces y clavos, sangre, azotes y corona de espinas; que lo importante está, no en el sufrir y el silencio, no en el abandono y la dejadez, no en la cobardía y la deserción, no en la negación de Pedro ni en la apostasía de Judas.

Cristo -ese loco divino que es nuestro hermano mayor- seca las lágrimas a las piadosas mujeres en la Vía Dolorosa para que no lloren, consuela a la Verónica que le enjuga el rostro para que no sufra; y hasta tiene fuerzas, en medio del más atroz de los tormentos, para prometer paraísos tanta desolación, tanto odio, tanta ignorancia y tanta tiniebla.

Y obró así Cristo, porque quiso enseñarnos que lo importante no está en lo que parece importante, sino en cuanto por mínimo y despreciado tiene siempre valor en monedas de cielo.

Cristo sufre, padece y muere, es cierto.

Cristo se angustia y desasosiega temiendo el abandono del Padre.

Cristo baña en el dolor hasta el último de sus momentos humanos.

Y es verdad que Cristo se duele del último de nuestros dolores y llora nuestros desamparos, pero cierto y verdad es también, que en medio de tanto dolor y tanta angustia, aletea siempre la esperanza de una Resurrección gloriosa que llenará de alegrías, incluso, las más oscuras y amargas horas en las que parece que el manto del sufrimiento va a cubrirlo todo. Y eso así, hermanos, porque Cristo lo quiere.

Queramos nosotros también con Él, llenos de re-

signación y paz, alegría y confianza, estos días de la Semana Mayor, porque estad seguros, que nada, ni la misma muerte, será capaz de matar el gran gozo que nos trae la Resurrección que es causa de nuestra alegría.

Por eso, cofrades de las distintas hermandades de Palma del Río, acompasad vuestro andar en este camino que nos lleva, entre rezos y tradiciones respetuosamente mantenidas, a desembocar en ese día lleno de luz del domingo en que el Hijo de Dios triunfa sobre la muerte, el dolor y desesperanza.

Cuando vestidos con las túnicas penitenciales, recorráis las calles del pueblo os es tan querido, llevad en vuestro porte y ademán la confesión de una alegría hecha de fe y convencimiento.

Vamos a ver si entre todos damos a la Semana Santa su verdadera dimensión, porque, estad bien seguros, de que por aquello de «ser más astutos los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz»; han ido ganando batallas que nunca debimos perder los que nos confesamos seguidores de Cristo.

Por eso, cofrades palmeños, poned todo vuestro empeño en que nuestra Semana Santa sea arquetipo de piedad honda y bien sentida, que cualquiera de los desfiles procesionales, de pie a que sintamos en lo más profundo el misterio del amor, que representa.

Decidles a todos, creyentes y no creyentes, que nuestra fe no ha nacido de las tinieblas y la muerte, que nuestra religión no se basa en la melancólica tristeza del desposeído, porque lo tenemos todo y nada nos falta, que nuestra liturgia hace de la alegría el más íntimo de los gozos el triunfo de la vida sobre la muerte, de la paz sobre la guerra, del amor sobre el odio, del perdón la culpa y de la misericordia sobre la injusticia.

Salen las procesiones  
y el aire de primavera  
besa los brotes pequeños,  
llenándose los caminos  
de litúrgicos momentos.

El ancho cielo azulado,  
recoge el fervor inmenso  
que el ciprés de la Parroquia  
va sin cesar transmitiendo.

Las campanas están mudas  
como guardando un secreto.  
Mutismo de muchas cosas,  
horas de recogimiento  
y un acopio de claveles  
que muestran su desconsuelo.

La procesión continúa  
medita con paso lento,  
luces que alumbran a Cristo  
la Virgen con manto negro;  
y una tristeza infinita  
repartida por el pueblo.

El matracón da más vueltas  
con su ruidoso concierto,  
notas que caen en la plaza  
y ocupan todos sus huecos.

Hacia el Genil va la tarde  
vestida de nazareno.

A vosotros hermanos de la Cofradía de la Entrada Triunfal de Nuestro Padre Jesús en Jerusalén, cuando entre palmas y ramos de olivo, acompañados por esa música celestial que son las voces de los niños, rememoréis la llegada del Señor al escenario de su pasión y de su gloria, quiero pedir os que ofrezcáis vuestro trabajo, vuestro sudor y vuestro esfuerzo para todos los que nos signamos con el santo nombre de Cristo tengamos, ya para siempre almas de niños que no sepan de temores para publicar la fe, ni dudas cobardes para confesar la verdad.

Sed, cofrades, seamos todos, causa de que el hijo del Hombre viva siempre en Domingo de Ramos sin que vuelva a ser sacrificado y escarnecido en nuestros corazones, que es la pasión que más duele.

A vosotros de la Cofradía del Señor Orando en el Huerto, también tengo encargo que haceros:

No dejéis a Cristo rezar en solitario que a Él, le dolieron más que nada la traición de uno, el abandono de otros y el olvido de muchos a quienes llamó hijos, amigos, hermanos. No consintáis que nuestro Salvador vuelva a sentirse inmerso en el pozo profundo y agobiante de la soledad, uno de los tormentos más crueles que hubo de soportar. Unámonos a Nuestro Padre Jesús Cautivo y a cuantos hermanos que padecen soledad para que nunca nadie se encuentre sólo en la enfermedad, el infortunio, la orfandad o el desamor.

A vosotros los que os agrupáis en la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración debí deciros, también, que la devoción a ese momento tan espinosamente duro de los azotes y humillaciones que Dios Hombre padeció antes de desembarcar en las últimas palabras que lo sig-

nificaban todo: «En tus manos encomiendo mi espíritu»; habla muy claro de la certera visión que tuvieron quienes os convocaron para constituirse en cofradías. Necesario resulta el endulzar de algún modo este amargo trago de las vejaciones que por la cobardía de un procurador entristecieron hasta lo imposible el espíritu de Jesús.

Por eso, sed valientes hasta la temeridad en la confesión de la eterna Realeza de Cristo y quitad una a una las espinas de su cabeza coronada, para poner en su lugar el bálsamo, el amor a Dios y el servicio a nuestros hermanos los hombres.

A quienes formais la Hermandad del Santísimo Cristo de la Salud, os digo que habló la Cruz, con su lenguaje mudo, para decirle al mundo que en su madera quedaban hechas pedazos las manos y las piernas de quien pudo al sólo abrir los labios, dejar mudo al género humano. Hermanos de las Huertas, que muchos de vosotros sabéis de privaciones y carencias, quitad a vuestro querido Cristo, uno a uno los clavos que le atenazan para que sus manos queden libres únicamente para bendecir, y sus pies, sin trabas para ir donde se le necesite. Pedidle, que esas Divinas palabras que pronunció en su agonía se multipliquen por siete, para que calen hondo y sepamos leer en ellas la magistral lección de amor que Él quiso dictarnos como testamento y norma de vida.

Para vosotros los componentes de la Hermandad de Jesús Nazareno, tan vinculada al mundo de la amistad y amor filial de este pregonero, os quiero decir con todas las fuerzas, cuando todavía estén sonando las campanadas del santo amanecer en el Hospital de San Sebastián, que pidáis al Hijo del Hombre que vuestros hijos y los

hijos de vuestros hijos, sigan el ejemplo que les dais para que, confesando a Cristo como modelo de hombres, se acerquen al Cristo Dios; y para aquellos que tenemos la obligación de educar -padres, profesores, religiosos- sepamos acertar en el logro de los hombres nuevos que Dios Padre quiere y todos necesitamos, para poder decir al chisporrotear de las velas; «Ecce Homo». -He ahí al hombre- el hombre nuevo nacido a la fe, lleno de esperanza y caridad.

Por la puerta ajustada, con calma  
sale el Nazareno.

La frente abatida, la cruz a la espalda  
la mirada perdida clavada en el suelo.

No mira, y sus ojos traspasan el alma,  
no exhalan una queja,

y en el alma se clava su acento;  
lenta cofradía

es... la del Silencio.

La imagen conducen

sin rumores, ni cantos, ni ecos,

como la luna debajo de un lago

que copia las flores del fresco naranjo.

La túnica larga tejida de lirios,

el cingulo de oro colgado del cuerpo,

el cabello mezclado de espinas,

moradas las manos

¡Y la sangre saltando y corriendo!

La gente se agrupa

para ver en las calles el séquito

y bajo los ojos, que humildes,

no pueden resistir al gran Nazareno;

que a la luz de los cirios parece  
la escala en que suben plegarias y rezos.  
Nada turba la noche  
ni cantos, ni fúnebres misas  
ni tambores discordes y huecos,  
susurros de velas...  
los pasos son lentos.  
Con terrible fatiga la imagen  
pasa bajo el tronco del santo madero;  
y cuando, de espalda,  
impotente se pierde a lo lejos  
la calle se viste  
de augusto silencio.

A los hermanos de la Cofradía del Santo Entierro, si yo fuera el Señor os diría:

«Esperadme sólo tardo tres días»; y cuando portéis con devoción la urna que lleva el cuerpo yacente del Dios que supo y quiso morir por todos, os ruego que lo mismo que todas las hermandades se unen para dar testimonio de unidad en la fe y la devoción, seáis capaces de unirnos a todos con los lazos de la verdadera hermandad, sellada tan magníficamente por Jesús, desde el imponente silencio de su sepulcro; y que la pena producida empapada de amargura, sea una pena compartida para que pese menos y sea el verdadero principio de la esperanza.

A esos hombres y mujeres que acompañan a María Santísima de los Dolores, o de Nuestra Señora de Palma y Esperanza, o María Santísima de la Piedad, o María Santísima de la Concepción; a todos que teneis en la Virgen Madre el mejor ejemplo de renuncia a todo por

amor a todos, me gustaría encomendaros la siempre hermosa tarea de decir, aunque sea sin palabras, un mensaje de devota y filial devoción a quien con su maternidad trajo al mundo la causa viva de nuestra alegría; y pedidle también que, una vez más, sea generosa con nosotros «los desterrados hijos de Eva», que llenan a rebosar nuestras almas del más puro amor, para que podamos ser consuelo de afligidos y alivio de pesares, y a cambio cuando paso a paso levantéis la mirada contemplando la hermosura de sus mantos, ofrecedle como el mejor de los presentes, las más sanas intenciones que hayan nacido en vuestros corazones y prometedle que ya para siempre queremos tenerla por Reina y Señora de esta nuestra tierra, que tan necesitada está de amparo y protección, de esta Palma del Río que a orgullo tiene que ser también Tierra de María Santísima.

A vosotros hermanos costaleros, que hace unos años no existíais como tales, y que sois los agentes anónimos de las espectaculares levantás, quiero deciros que en esas danzas inimitables de los palios, sois los auténticos héroes cuando superáis con sutil elegancia las pruebas que os impone el urbanismo o la arquitectura del recorrido. Entonces, los aplausos se mezclan con las campanillas y la noche se difumina con las nubes del incienso.

¡Subid al cielo con ella!; como grita el capataz; hacedlo así jóvenes palmeños, y dad ejemplo a todos aquellos que siendo jóvenes como vosotros no pueden encontrar esa paz interior que solamente se encuentra perdiendo la mirada en esa preciosa cara que levantáis para que en vuestro nombre transmita al Padre Eterno esa multitud de problemas que la juventud lleva consigo.

Suenan tambores de pena  
cadencia y ritmo de espera.  
¡Ya están ahí Señor bajo tus andas!  
preparados a cumplir la penitencia,  
suplicando el perdón de tu clemencia.

Observa el rostro de esa mujer que te reza  
mientras mira con fe tu rostro doloroso.  
O los ojos de ese niño que te mira  
entre asustado o curioso.

¡Oye los aplausos, ya asoman por la puerta!  
¿Qué a quién aplauden?, ¡A Tí, que  
sales radiante de belleza!  
¡A vosotros, que lo lleváis sin que roce la

[cancela!

¡Al hermano que puso las flores con destreza!  
¡Al capataz que dirige vuestros pasos!  
¡Y a la hila de nazarenos que te siguen!  
¡Bendícelos a todos!, ¡dales el perdón  
[de tu grandeza!

Después..., cuando una lágrima rueda extasiada  
cayendo emocionada de unos ojos...  
volveréis, entrando por la estrecha puerta.  
Y Tú, Señor, volverás a la penumbra del  
[templo,

se apagarán las luces y las velas.

Fuera la fragancia del azahar con el recuerdo  
vivido, acompañan al costalero  
que cabizbajo y cansado se retira en silencio.

¡Versos, versos, más versos, siempre versos!  
¿Y para qué Dios mío?  
Si no tienes un pecho que ofrezca su descanso a  
tu cabeza.

Cuando llegue una nueva primavera  
volverán a llevarte con fe, sobre los hombros,  
pero ahora Señor, están aquí, bajo tus andas,  
dispuestos a llevarte por Palma entera.

Sí, hermanos, por el dolor de Cristo, por el amor de  
Cristo y por la alegría y la gloria, creo que es de justicia,  
nuestra renuncia a cuanto acrecienta su dolor, ponga  
pena en su amor o empañe su alegría gloriosa.

De la mano del ritual de Semana Santa, os pido que  
sepáis renunciar al mal como signo de pecado; al pecado  
como negación de Dios; a la violencia contraria a la  
caridad.

Hagamos renuncia a creernos los mejores, a vernos  
superiores, a estar tan seguros de nosotros mismos, a  
quedarnos sólo en las apariencias y no ir a Dios.

Estas renunciaciones deben ser el fruto de nuestro enten-  
der el espíritu y el sentido de la Pasión salvadora de  
Cristo.

. A todos y cada uno nos corresponde la respuesta.

Hermanos, ésto quise deciros en este pregón de la  
Semana Santa de Palma del Río, que os puede confesar y  
asegurar, ha nacido de afectos y sentires hondos, pensan-  
do en una tierra que sin ser la mía me es tan querida por  
haber recalado en lo más profundo de mi alma; y ha ido  
dirigido a hermanos que, conocidos o no, tanto me ha-  
béis enseñado y querido.

Una tierra, Palma del Río, y unas gentes, vosotros, que mucho sabéis de dolor y amargura para los que quiero y deseo la más inacabable de las alegrías, la paz y la bienandanza, que estoy seguro sabréis conquistar con vuestro esfuerzo y vuestras múltiples virtudes.

Hermanos, porque Cristo siga resucitando cada día entre nosotros, para todos:

**PAZ Y BIEN.**